



MONTOYA CAMACHO, Jorge Martín y GIMÉNEZ AMAYA, José Manuel: *Corporalidad, tecnología y deseo de salvación. Apuntes para una antropología de la vulnerabilidad*, Dykinson, Madrid 2024, 158 pp. ISBN: 978-84-1070-076-5; ISBN electrónico: 978-84-1070-128-1.

La obra que presentamos provoca un poderoso estímulo intelectual, porque los temas expuestos interpelan al lector de modo tan directo que es imposible no sumergirse en preguntas, reflexiones y respuestas sobre las que las personas no tenemos habitualmente criterios completos ni claros. Los autores nos impelen a examinar nuestro propio pensamiento, nuestra experiencia vital, nuestros conocimientos y nuestras preocupaciones filosóficas; también, nuestras dudas biológicas, nuestras certezas teológicas y, en suma, las convicciones y contradicciones de las que todos somos presos. Es un libro que en continuidad con otros de los mismos autores, escritos a veces en conjunto y a veces por separado, completa un recorrido de ideas en torno a la antropología y por tanto al hombre, a las facetas biológica y racional de las personas, al lugar en el mundo que le corresponde y a sus relaciones, y a la conciencia de ser persona para culminar con una aseveración que se manifiesta como la principal idea del libro: no es posible que haya libertad en la persona si se desprecia la base ontológica de ésta en la aceptación de la vulnerabilidad y del error humano; y sin libertad, no hay ética.

Los autores, profesores de la Facultad de Ciencias Eclesiásticas de la Universidad de Navarra, son al mismo tiempo investigadores del Grupo Ciencia, Razón y Fe (CRYF) de la misma Facultad y promulgadores en sus escritos de una percepción ética y antropológica del ser humano, una antropología de la vulnerabilidad, que ahonda en ciertos aspectos que la Modernidad ha preferido olvidar, tanto en sus propuestas filosóficas como en otras más propiamente científicas o biológicas. Son dichos aspectos los que fundamentalmente tienen que ver con la comprensión de la persona de manera unitaria, esto es, en su unidad y sin despreciar aspecto alguno de ella, en el convencimiento intelectual de que lo racional y lo biológico se relacionan y conforman un todo que, cuando pretendemos entenderlo eliminando o soslayando una de sus facetas, deja realmente de comprenderse. Esta propuesta intelectual, además, se asienta muy principalmente en el legado filosófico que para la ética nos dejó Alasdair MacIntyre, y que ha proporcionado a Montoya Camacho y a Giménez Amaya un enfoque inicial sólido para explicar a la persona.

Porque en definitiva se trata de eso, de explicar a la persona. Podríamos decir incluso que los autores están forjando un nuevo *personalismo*, pero entendido muy distintamente a como se ha venido haciendo de modo clásico: hay personalismo porque cada ser humano tiene que aceptar sobre sí mismo determinadas características del

hombre que, aunque le afectan particularmente, son rasgos generales y comunes. Hay personalismo porque hay concreción en cada ser humano de lo que al mismo tiempo es común a todos como fundamento del ser: cada persona envejece, se debilita, sufre, cambia en su vida y muere de modo individual y único, pero al mismo tiempo todas las personas tienen una vida que discurre por las mismas etapas y éstas tienen siempre las mismas consecuencias, los mismos efectos.

De tal modo, es posible unir tal y como hacen los investigadores y autores de este libro lo que muchos han intentado antes separar: la racionalidad ha promovido en el hombre a lo largo de la Historia cambios biológicos, y la biología humana es a la vez condición indispensable del ser persona y, por tanto, de la propia racionalidad de la persona. De ahí que la negativa de la Modernidad a aceptar la biología y la naturaleza del hombre en condición de igualdad de su racionalidad ha terminado por separar al hombre de la propia naturaleza, ha separado al hombre de sí mismo porque le ha despojado de elementos de autocomprensión y, por tanto, le ha desprovisto de los sentidos propios del ser humano, que en realidad no pueden olvidarse ni evitarse.

El sugerente recorrido de los autores por estos temas y estas ideas tiene, sin olvidar la centralidad del mensaje en la vulnerabilidad como base de la libertad y del actuar moral, varios episodios que explican magistralmente. Así, se explica una comprensión vital de la persona que discurre por la idea del hombre que cree en la promesa de una salvación tecnológica. En efecto, es algo sin duda contradictorio, con toda probabilidad ilusorio y seguramente imposible pretender una escatología del hombre asentada sobre sí mismo: el hombre se salva a sí mismo porque su propio progreso técnico y científico, tecnológico y de conocimiento, le permite hacerlo. Así, algunos pretenden desvincular al hombre de la naturaleza, pero también de Dios, eliminar su sentido trascendente sea éste cualquiera que pueda ser y, en cambio, unirlo en un final temporal a otro sentido que es en sí mismo trascendente en cuanto a que apunta a una salvación.

Frente a lo anterior, la promesa de salvación de Dios se erige como una escatología posible y clara, pero que requiere a su vez resolver previamente esas limitaciones de la racionalidad que, acomodadas en matices subjetivos y emotivos, *emotivistas* podría decirse, persisten profundamente en la interioridad de cada ser humano. Pues, al fin y al cabo, los autores ponen negro sobre blanco que ser persona es también ser vulnerable, porque efectivamente lo es; y al mismo tiempo debe aceptarse esto, como decíamos antes, para no disminuir en cada uno de nosotros y, por nosotros mismos, la propia dimensión del ser humano en su totalidad. El propio MacIntyre, tal y como recogen los autores, explicaba la importancia de la vulnerabilidad en la vida moral de las personas.

Si pensamos sobre ello como hacen los autores, parece claro que el comportamiento de las personas debe estar influido, condicionado, establecido e incluso determinado por todo aquello que le hace ser persona, y por tanto obviar la discapacidad natural del hombre es realmente absurdo. Esto, además, tiene una segunda dimensión que

es la propiamente social: si de los rasgos generales, decíamos antes, debe hacerse cargo en conciencia cada cual, de modo particular, al mismo tiempo la asunción de dicha particularidad es la que hace posible configurar y completar la idea general, en cuanto a social, de una vulnerabilidad propia del hombre. Lo anterior, prosiguen explicando los autores, se relaciona a su vez en ese doble sentido particular y general (o universal si se prefiere) con la propia configuración ética de la sociedad, en la medida en que en la sociedad hay un elemento superior que unifica, y que llamamos el bien común. Dicho bien común debe ser por tanto accesible para todos, siendo imprescindible el concurso de cada uno de los individuos de la sociedad en una orientación similar, esto es, queriendo todos ellos una misma tendencia a dicho bien común.

La relevancia de lo anterior viene dada porque el comportamiento moral, la ética y su discernimiento en pos de un bien común se une a su vez a la propia virtud, que de nuevo es aplicable de modo particular al hombre siendo sin embargo un elemento común a todos. La virtud por tanto necesita al hombre en su plenitud o, quizá al revés, el hombre solo podrá ser pleno con la virtud bien asentada, lo cual no es posible si el propio hombre no es aceptado ni comprendido a su vez en su totalidad, es decir, aceptando la propia debilidad y la ya mencionada vulnerabilidad, la condición del hombre imperfecta en su biología y el desgaste inexorable que lleva a la muerte.

De ahí la necesidad de rescatar una promesa de salvación que no es posible dentro del propio hombre, sino que siendo para el hombre le es dada. Es una promesa de salvación exterior, ajena, basada en la recuperación de una unión del hombre con Dios y explicada también con presupuestos filosóficos despreciados por la Modernidad, motivo por la cual la propia modernidad impide el diálogo con el hombre y con su trascendencia. El hombre es, en su biología, contingente y aceptar dicha contingencia promueve un camino común para las personas que les puede orientar al bien común; lo contrario, en cambio, empobrece la propia consideración personal del hombre. Cuando la vulnerabilidad se acepta, por el contrario, la propia persona promueve una intencionalidad y una comprensión de finalidad que, de nuevo, podemos unir con la toma de decisiones y por tanto con el comportamiento moral. De aquí, el paso es claro hacia la necesidad de salvación, que en el cristianismo se identifica en la promesa de Dios y la Revelación pero que, en otros presupuestos no cristianos, es igualmente válido desde la filosofía, pues es inherente al ser humano superar esa propia corporalidad débil o imperfecta, lo que los autores llaman “contingencia biológica”, con algo que sea superior a él y le trascienda.

Eloy Villanueva Cruz
evillanu@alumni.unav.es
Universidad de Navarra